

filosofía religiosa de Kant, que en este artículo cambia radicalmente de postura acerca de la valoración de la fe en la filosofía kantiana. Mientras en sus obras anteriores se había manifestado intérprete agudo y hábil defensor de una interpretación teísta de Kant, ahora, confirmando la realidad de dicho teísmo, lo califica sin embargo de *immoral*. Curiosamente los editores han cambiado el título de la comunicación de Wood, quizás escandalizados por su radicalidad; lo que Wood tituló *La inmoralidad de la fe moral*, se transformó en *La inmortalidad de la fe moral* (quien lea su contenido verá lo disparatado de esa nueva titulación). Wood sostiene que la fe moral kantiana en la existencia de Dios entra en conflicto con el ideal de autonomía moral característico de su ética; por otra parte —añade— es inmoral tener algo por verdadero cuando ese algo no nos resulta evidente, como es el caso de Dios. Hay que decir que la fuerza de esta tesis reposa sobre la admisión del *principio evidencialista* de W. K. Clifford enunciado en 1884. Ahora bien, otros filósofos norteamericanos, como Plantinga o Audi han mostrado la gratuidad de este principio.

En resumen, estas Actas son obra de consulta indispensable para cualquier biblioteca filosófica.

J. M. Odero

Alfred BOHNEN-Alan MUSGRAVE (Eds.), *Wege der Vernunft*, J. C. B. Mohr (P. Siebek), Tübingen 1991, IV + 319 pp., 16,5 x 23,5.

Los catorce ensayos recogidos en este volumen quieren ser un homenaje de diversos autores al filósofo Hans Albert, el representante más conocido del «racionalismo crítico» contemporáneo que concluye en un ateísmo agresivo;

este ateísmo fue objeto de una conocida disputa mantenida entre Albert y el teólogo protestante G. Ebeling.

Las colaboraciones afrontan temas diversos sobre filosofía de la ciencia, naturaleza del conocimiento, teodicea, sociología y filosofía práctica. Además de una colaboración de K. Popper sobre Kepler, cabe destacar las de Musgrave y de J. Watkins sobre el concepto de «racionalismo crítico» y la de R. Boudon sobre la creencia en el relativismo.

J. M. Odero

Brian MACGUINNESS, *Wittgenstein. El joven Ludwig*, Alianza, Madrid 1991, 415 pp., 13 x 20.

El Autor, traductor al inglés de «Tractatus logico-philosophicus» de Wittgenstein, ha tomado sobre sus hombros la ingente tarea de redactar una biografía documentadísima que —como él mismo dice— no sólo nos presenta al Wittgenstein que fue sino también al que quiso ser. Para ello ha consultado todos los manuscritos de Wittgenstein, documentos familiares, etc; además ha entrevistado personalmente a una gran cantidad de sus familiares, amigos y conocidos.

Lo que hasta ahora ha publicado es el primer volumen de la biografía, que cubre aproximadamente la mitad de la vida del filósofo vienés: desde su infancia —el Autor se remonta incluso a sus antecedentes familiares—, hasta la historia de la publicación del «Tractatus» (1921/1922), deteniéndose especialmente en su primera estancia en Cambridge (1911/1913).

Sin duda en una biografía tan minuciosa, documentada y bien trabada, como es ésta, cabe encontrar las claves humanas que explican muchos porqués del pensamiento wittgensteniano. El in-

terés teológico de este pensamiento ha sido puesto repetidamente de relieve. Como paladín de la filosofía analítica, Wittgenstein ha lanzado a los teólogos el reto de analizar el sentido del lenguaje religioso con la esperanza de encontrar en dicho análisis algunas claves importantes para entender la naturaleza de la fe cristiana y de la razonabilidad que puede mantener en el diálogo con modos de pensar no religiosos.

Aunque proveniente de una familia judía, Wittgenstein se educó en el ambiente de la burguesía vienesa y mantuvo siempre una voluntad de sentirse plenamente identificado con la cultura austríaca. Esta fue la postura de sus padres, que él asumió plenamente. Es por ello que fue bautizado católico y que recibió a su tiempo la instrucción religiosa que era normal en ese ambiente burgués, es decir, quizá no muy profunda, poco dirigida a la práctica religiosa, pero de contenidos doctrinales bastante netos.

Parece ser que por influjo de una de sus hermanas, gran lectora de «librepensadores», perdió la fe tempranamente. Al menos eso pensó él, porque esa misma hermana —Gretl Wittgenstein— declaraba años más tarde de Ludwig: «a mi entender era cristiano» (p. 73).

Es cierto que desde entonces Wittgenstein se mantiene alejado de la práctica religiosa; decía expresivamente que le era difícil doblar la rodilla. Pero «posteriormente —señala el Autor— Ludwig especuló a menudo sobre el significado de tal o cual elemento del cristianismo tradicional, como si fuera la verdad moral subyacente» (p. 83).

El lugar de la fe cristiana lo ocupó una especie de religiosidad más sombría, reflejada en los apuntes donde se sometía a sí mismo a un rigurosísimo examen de conciencia, aplicando una rigidez que en ningún caso emplearía a la

hora de juzgar el comportamiento de otros. Wittgenstein vivió obsesionado por una «conciencia de pecado sin esperanza de redención» (p. 85).

Su participación activa como artillero en la I Guerra Mundial le puso en contacto con un grupo de jóvenes oficiales acantonados en Olmütz (Checoslovaquia), que se sentían profundamente austríacos y, también por ello, hondamente católicos. A menudo se reunían, por ejemplo, para leer y comentar el Nuevo Testamento; Ludwig participaba en esas sesiones, mantenía su preferencia por la sonoridad del latín neotestamentario e insistía sobre todo en sus consecuencias morales. MacGuinness asegura que durante esta guerra Wittgenstein rezó.

Muy interesante para la comprensión de su filosofía es su estancia en Inglaterra. Allí conoce a Bertrand Russell, que se manifestaba públicamente como un pensador ateo. Ello tuvo como consecuencia que, a pesar de la amistad que los unía, mantuvieran a veces algunas conversaciones desagradables al respecto. El Autor intuye que Wittgenstein comenzó entonces a desconfiar —siguiendo la tradición socrática— de que las cuestiones morales o religiosas pudieran ser tratadas más que de palabra, porque al ponerlas por escrito no podían librarse de equívocos peligrosos.

En este sentido, la prohibición del primer Wittgenstein —el del «Tractatus»— de no hablar de aquello que no se puede ver, debería entenderse como una regla de prudencia para evitar los enfrentamientos por motivos religiosos, más que como una aserción metafísica.

Para concluir esta somera descripción del estado de la vida religiosa de nuestro filósofo pueden ser esclarecedoras unas palabras suyas a su amigo Groag: «No sé nada de religión, pero seguramente hay algo acertado en el

concepto de Dios y de una posvida... Aunque es un poco diferente de lo que somos capaces de imaginar» (p. 335).

J. M. Odero

Michael D. TORRE (ed.), *Freedom in the Modern World*, American Maritain Association, Indiana 1989, V + 289 pp., 15 x 23.

Uno de los hechos más importantes para la evolución del pensamiento norteamericano contemporáneo lo constituye el encuentro entre pensadores europeos y norteamericanos que tuvo lugar con motivo de la emigración de intelectuales de Europa, provocada por los avatares de la Segunda Guerra Mundial. En concreto, para el pensamiento católico y para el desarrollo de los estudios tomistas fue decisiva la presencia en tierras americanas de autores como Jacques Maritain, Yves Simon y Etienne Gilson.

Los dos mencionados en primer lugar coincidieron en 1938 en un simposio organizado por la Universidad de Notre-Dame; en el participó un tercer pensador que gozó de gran influjo en el proceso recién mencionado: Mortimer Adler. Para conmorar ese hecho, la Universidad de Notre-Dame decidió promover una serie de reuniones y trabajos, de los que nace la obra que presentamos, y en la que, tomando como título el de una de las obras de Jacques Maritain, se aspira a realizar un homenaje a esos tres autores y una valoración de su influencia.

El libro comienza con una introducción de Michael D. Torre y una breve reflexión sobre los tres autores de Donald A. Gallagher. A continuación se divide en tres partes: la primera dedicada a Mortimer Adler, comprende seis artículos o comunicaciones; la segunda, a

Yves Simon, con siete; la tercera, a Jacques Maritain, con ocho. En conjunto, la obra ofrece no sólo un material de reflexión y estudio sobre el pensamiento de Mortimer, Simon y Maritain, sino también una interesante panorámica de los pensadores norteamericanos que se consideran discípulos, continuadores o admiradores de los tres homenajeados.

J. L. Illanes

SAGRADA ESCRITURA

F. F. BRUCE, *A Mind for What Matters. Collected Essays*, William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan 1990, XXVII + 569 pp., 15,7 x 23,3.

Hay que destacar, ante todo, el interés que suscita esta colección de ensayos, dada la personalidad del autor, y la utilidad de la misma por las materias tratadas. F. F. Bruce ha sido uno de los estudiosos de la Biblia más destacados en ámbito evangélico inglés: editor jefe durante varios años del *New International Commentary on the New Testament*, en el que colabora con tres comentarios, y autor de numerosas obras en las que ha estudiado especialmente el texto del N. T. En esta colección de ensayos recoge, actualizándolos cuando es preciso, dieciocho artículos o conferencias que en conjunto representan un acercamiento al N. T. y a su entorno, al hilo de algunas cuestiones de especial relevancia como: la aportación de los estudios clásicos para la comprensión del N. T., los escritos de Qumrán, los debates actuales sobre el carácter de la Carta de los Romanos y la cronología e intencionalidad de Hechos de los Apóstoles, la figura del anticristo y algunos comentarios al Apocalipsis, y, finalmente, unas reflexiones sobre la Iglesia pri-